

Biblioteca Universitaria, vol. 22, núm 1, enero-junio 2019, pp.98-100.
DOI: http://dx.doi.org/10.22201/*



BURY, RICARDO DE

Filobiblon (Amor por los libros)

2018. México : Universidad Nacional Autónoma de México Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial. 109 p. Serie Colección biblioteca del editor.

El *Filobiblon* se torna fundamental en el siglo XXI porque las nuevas materialidades del libro electrónico nos conducen, quizás, por otros placeres distintos al libro impreso y del que, desde el siglo pasado, tanto se ha vaticinado su fin. Pero, ¿qué es lo que tienen los libros que siguen despertando placeres y amores? De ello nos da cuenta Ricardo de Bury, obispo de Durham, quien puso punto final en 1345 a su obra *Filobiblon* o *Amor a los libros*.

Esta obra de larga tradición se ha publicado en diferentes épocas e idiomas (francés, alemán, inglés y hasta en flamenco), y la primera traducción en español se publicó en 1946. Ahora la UNAM, con la traducción de Baruch Martínez Zepeda, miembro del Centro de Estudios Clásicos del Instituto de Investigaciones Filológicas, presenta su propia edición en la Colección Biblioteca del Editor, a cargo de la Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial de la UNAM.

En esta edición de 2018, Camilo Ayala Ochoa, especialista en historia del libro y en temas de edición, dedica un exordio que comienza con la frase: “Los libros miran la eternidad y no dejan de estar unidos a lo transitorio”, que nos da cuenta de su importancia, ya que preservan y comunican los saberes que la humanidad ha generado a lo largo de los siglos. Con su exordio, Ayala nos conduce por los caminos de la lectura, la cual se inicia con todos nuestros sentidos, pues se leen las formas del mundo natural desde que se activan el pensamiento, el razonamiento y la imaginación; además, la lectura otorga vida espiritual, vida interior, y cuando nos aviva la alegría u alguna otra emoción queremos compartirla. Por ello se crean los libros y, como señala Ayala, “los libros son más necesarios que las necesidades”.

El *Filobiblon*, a lo largo de sus más de siete siglos de vida, no ha perdido vigencia, pues en este siglo XXI, con las nuevas tecnologías del libro electrónico, abre nuevas oportunidades para reflexionar sobre el libro impreso, tanto por su materialidad —porque requiere cuidados para su preservación—, como por sus contenidos —porque sigue despertando deleites y deseos de leerlos y poseerlos, incluso hasta obsesiones como la bibliomanía. Los libros son parte de la vida misma, pues en ellos y de ellos aprendemos, disentimos, razonamos, imaginamos, innovamos, nos comunicamos con otros seres y épocas.

El *Filobiblon*, a lo largo de sus veinte capítulos, se compone de una serie de argumentaciones que De Bury construye a partir de los conocimientos y disfrutes que le depararon sus lecturas y experiencias, de donde nace su amor por los libros, porque en ellos encuentra el tesoro de la sabiduría y la ciencia, cuyo esplendor, como afirma, siempre es deseado por el hombre. Él consideraba que los libros son el alimento que nunca nos dejará satisfechos, ya que nos despiertan el apetito y el insaciable deseo de alegría, a la vez que nos transforman en seres civilizados.

Asimismo, destaca que los libros tienen el poder de inmortalizar a los seres humanos, pues los transporta del pasado al presente y al futuro. Además, como panales llenos de miel y senos llenos de leche, nos nutren de manera placentera en cualquier momento. Y, como a todo buen maestro, a los libros se les brindan grandes honores y amor, porque en ellos se encuentra la sabiduría y la ciencia. Por ese valor que encierran los libros, resulta complicado dotarlos de un precio monetario, sin embargo, se sabe que por algunos se han pagado sumas muy elevadas.

De Bury destina dos capítulos para dar la palabra a los libros, quienes en ese entonces eran los formadores de los futuros sacerdotes. En ellos, los libros son descritos como fuentes generosas que amamantaron con su leche a niños hambrientos que gateaban e imploraban dejar la barbarie innata. Además, los libros los fueron cubriendo con los vestidos de los saberes, refinando el intelecto hasta coronarlos con las artes y ciencias, la música, la aritmética, la geometría o la astronomía.

Los libros, en voz del autor, también revelan los malos tratos de que son objeto, porque después de dar tanto son considerados estorbos y son expulsados o vendidos como esclavos, incluso encerrados por considerarlos peligrosos. Otra ofensa es delegarlos a traductores o escribas que los alteran y los hacen mentir; y otros hasta los lastimaban con injertos de metales y otros objetos. Y no faltan los lamentos de dolor que los libros expresan en contra de las guerras, pues debido a ellas han perecido, y en el peor de los casos han sido quemados, tachados, dispersados, heridos, mutilados y despedazados.

Asimismo, De Bury comparte su experiencia respecto a su cuantiosa biblioteca, pues los privilegios al ser embajador le permitieron ingresar a bibliotecas, conocer los tesoros que en ellas se resguardaban y acceder a depósitos de libros olvidados que, por años de encierro, fueron olvidados y sufrieron deterioros. Su fama de amante de los libros antiguos hizo que muchos favores se le retribuyeran con algún libro antiguo (para él los antiguos autores eran más sabios), pero no tuvo reparo por aceptar igualmente los libros nuevos. También consideraba de gran valor los libros sobre artes, gramática, ortografía, prosodia, etimologías y sintaxis, porque ayudan a la comprensión y el sentido; y, de igual forma, consideraba importante que el tránsito por los textos estuviera libre de obstáculos y tropiezos, ya que con ello se alcanzaba el placer de la lectura.

Para su época, se consideraba que los grupos que debían amar los libros eran los gobernantes de la Iglesia o el Estado, así como los jueces, ya que necesitaban de la sabiduría de los libros para saber gobernar. El amor por los libros se traduce en amor a la sabiduría, en la virtud de apagar vicios carnales, en el fortalecer las virtudes del alma, el adquirir fuerza e impedir doblegarse a seductoros provocaciones, ya que “el amor no se torna soberbio por el conocimiento de la literatura, más bien se edifica, los libros deleitan en la prosperidad y consuelan cuando la fortuna se ensombrece”.

Los libros, según De Bury, son como los embajadores que traspasan las fronteras, son una suerte de línea del tiempo para conocer el pasado y profetizar el futuro. Por ello, deben ser copiados, re-producidos y multiplicados.

Por otro lado, el cuidado y custodia de los libros es un tema al que el autor dedica un capítulo, en donde nos muestra cómo sus recomendaciones siguen siendo necesarias y vigentes, pues algunas forman parte de los programas actuales del fomento del cuidado de los libros. Nos enseña a protegerlos cuando están en reposo y cuando se usan, desde cómo abrirlos y cerrarlos sin prisa y sin aflojar las encuadernaciones, hasta cómo evitar el colocar los codos sobre el libro, dormir encima, comer o beber cerca, arrojar secreciones, hojearlo sin lavarse las manos, doblar las páginas o colocar objetos entre ellas.

En los últimos capítulos De Bury justifica por qué su avidez, vanidad e intemperancia por el deseo de reunir libros no sólo era por el placer propio, sino por un sincero interés de heredarlos a la Universidad Oxford, en beneficio de sus escolares. Al respecto, aborda el método que se utilizaba para prestar los libros a los alumnos y maestros, entre cuyas normas se destacaba el compromiso que, bajo juramento ante un albacea, debía tener el usuario para no hacer mal uso ni copiar el material. Otro aspecto era que los lectores debían comprometerse a que el libro no saldría de la Universidad ni de sus alrededores; y los estudiantes elegidos para controlar el préstamo debían revisar que hubiera dos ejemplares y pedir al solicitante dejar una prenda que superara el valor de los libros. En el mes de julio se debía hacer inventario de los libros y, si se perdía un libro, el albacea debía reponerlo o pagarlo. Las ganancias se usarían para la restauración de los libros.

En suma, esta obra enseña, con un estilo rico en metáforas —y no falta el sentido del humor— las cualidades de los libros que portan saberes a los lectores, deparan placeres, propician un deseo insaciable por poseerlos y originan sentimientos protectores. A lo largo de los veinte capítulos de *Filobiblon* o *Amor a los libros*, los bibliotecarios encontrarán significados que les ayudarán a ampliar conocimientos sobre el libro, los lectores y las relaciones entre ambos; así como su cuidado y preservación. Esta obra nos conduce por los goces y los sufrimientos que establecen los libros con autores, lectores, editores, correctores, encuadernadores, bibliotecarios y libreros, quienes comparten el gusto y amor por los libros. ■

RAMÍREZ LEYVA, ELSA MARGARITA

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas y de la Información, UNAM